RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Pereyra, Diego

Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina, Buenos Aires, Paidós, 2004, 400 páginas

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Pereyra, D. (2005). Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina, Buenos Aires, Paidós, 2004, 400 páginas. Prismas, 9(9), 335-339. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2305

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.)
Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina
Buenos Aires, Paidós, 2004, 400 páginas

La historia de las ciencias sociales en la Argentina tiene una larga tradición académica. Sin embargo, ella ha estado limitada a una reconstrucción histórica de la dimensión simbólica de la vida social. Ha faltado, por el contrario, una producción abundante de trabajos sobre historia institucional o sobre los avatares de las estructuras profesionales y académicas de cada disciplina. La sensación de crisis y continua reinterpretación de lo social obliga a repensar y analizar esa historia, más aun en la Argentina, donde las ciencias sociales tienen grandes dificultades para comprender las profundas transformaciones de la estructura social.

Entre los recientes esfuerzos de investigación en este sentido se destaca el libro *Intelectuales y expertos*. Esta obra, compilada por Federico Neiburg y Mariano Plotkin, tiene un objetivo muy claro: iniciar un camino en la definición de un campo disciplinario novedoso en la Argentina, una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en nuestro país. Uno de los mayores méritos del libro es esta ambición por aplicar las herramientas y las posibilidades de la historia sociológica, o, si se prefiere, sociología histórica, al estudio de los saberes sociales en la Argentina. La obra ofrece un conjunto de diez artículos diversos sobre la historia de las principales disciplinas sociales en el país: antropología, economía, historia, psicología y sociología.

El libro es fruto de una experiencia de trabajo de dos seminarios de discusión entre reconocidos investigadores. Los autores convocados tienen una reconocida trayectoria en el campo de la investigación histórica sobre las ciencias sociales. A pesar del tiempo dedicado a su escritura y al prestigio de los autores, varios artículos parecen inconclusos. Ello puede deberse a una estrategia implícita de los compiladores para mantener el formato de trabajo en progreso, aunque resta legibilidad y comprensión a las conclusiones y posibles hallazgos de cada una de las investigaciones. Esta faceta permite, no obstante, reflexionar sobre preguntas pendientes y caminos futuros que enumeraremos a continuación.

La obra introduce una serie de valiosas reflexiones teóricas. Por un lado, refuerza con acierto la idea de la insuficiencia de la teoría, hoy ya clásica, del campo intelectual para explicar el desarrollo y la dinámica de las comunidades científicas. Por otro lado, tiende a desmitificar la separación entre los intelectuales y los expertos o técnicos, aplicando un análisis donde estas categorías se entrecruzan permanentemente y se privilegia la circulación de los actores por distintos espacios institucionales de acción y legitimación de sus ideas y trabajos. El texto también remite continuamente a la articulación entre factores nativos y no locales, reconociendo acertadamente la influencia de las redes internacionales en la producción del conocimiento social. Esta obra examina además la relación entre la historia de las ciencias sociales y la dinámica del Estado. En la Argentina, las bruscas redefiniciones burocráticas han afectado el rumbo de las trayectorias profesionales de los científicos sociales. Por ello, debe investigarse con detenimiento la falta de diálogo entre la comunidad científica y el Estado argentino. ¿Por qué los intelectuales argentinos han participado tan poco en la dirección de la burocracia estatal?

Sin embargo, la compilación de Neiburg y Plotkin no parece ser muy relevante en cuanto a sus contribuciones empíricas. El conjunto de datos y documentos presentados, especialmente en lo concerniente a la historia de la sociología y la economía, no es novedoso y se encuentra disponible en otros trabajos previos. Por ejemplo, otros autores han estudiado recientemente las trayectorias académicas y las ideas de

Ernesto Quesada y Alejandro Bunge utilizando las mismas fuentes citadas en el texto. Esta repetición en el uso de los datos empíricos obliga a reflexionar sobre la acumulación del conocimiento histórico en este campo.

Luego de una atractiva introducción, Carlos Altamirano analiza el surgimiento de la sociología y las ciencias sociales en el país a principios del siglo XX, en un contexto dominado por la interrelación entre naturalismo y psicología (pp. 31-65). A través de la exploración de textos y programas universitarios, el autor logra una excepcional reconstrucción intelectual del período, redescubriendo autores y temas centrales en el origen de las ciencias sociales en la Argentina. Su contribución más importante es el reconocimiento de que ese surgimiento no es otra cosa que "[el] ingreso, la adopción y, eventualmente, la adaptación" de reflexiones exógenas sobre el mundo social (p. 31). Este punto sobre el ingreso de formas importadas de interpretar las transformaciones sociales del capitalismo en la Argentina merece una cuidada discusión, pero introduce una interesante lectura de la imposibilidad de una sociología nacional, un reclamo teórico iniciado por Juan A. García con un enorme impacto posterior. Sin embargo, Altamirano presenta dos puntos posibles de ser discutidos. Primero, insiste en la idea de que la "sociología de cátedra" no tuvo una preocupación empírica. Esta tradición parece un poco cuestionada, ya que Quesada y García defendieron la posibilidad de una sociología empírica y sus ideas contribuyeron a la formación de los primeros técnicos estatales dedicados a la investigación social. Segundo, unifica racionalmente las ideas de Sarmiento con las reflexiones de la siguiente generación de pensadores. Cabría preguntarse si la evidencia documental demuestra, contrariamente, una ruptura epistemológica y cognoscitiva (aunque respetuosa) entre ambas generaciones sobre los problemas de la sociedad argentina.

El siguiente artículo fue escrito por Jorge Myers, quien estudia los conflictos dentro del espacio de la investigación histórica local y el difícil proceso de renovación del campo historiográfico entre la década de 1930 y el final del peronismo (pp. 67-106). Myers abarca así un largo período que se inicia con el crecimiento institucional del revisionismo histórico y finaliza con la consolidación del liderazgo universitario de José Luis Romero. El texto, sin embargo, explora demasiadas facetas y problemáticas, repasando la vida y la obra de diversos intelectuales de izquierda para terminar explicando la trayectoria académica de Romero. Este tránsito quizás sea algo confuso, pero logra situar claramente la figura de Romero dentro de las conflictivas relaciones político-académicas de la época. Por otra parte, el autor demuestra con erudición que el proceso de renovación historiográfica iniciado por Romero ya había comenzado antes de 1955. El artículo abre un interesante camino para comprender el impacto y los aportes de Romero a la investigación social en el país.

El tercer artículo estudia el pensamiento social del género ensayístico en la Argentina (pp. 107-146). Sylvia Saítta presenta en este texto un detallado examen de las principales obras del ensayo argentino entre 1930 y 1965 y su contribución al debate sobre los problemas nacionales, especialmente al estudio de las clases sociales. Merece destacarse su análisis sobre la obra de Raúl Scalabrini Ortiz como una importante base donde se articulan los núcleos temáticos y estilísticos de un género de contornos inciertos. Saítta reconstruye con claridad la historia del género y explica sus temas centrales, enfatizando la relación entre la crisis del país y la perplejidad de los intelectuales que buscan explicarla. La autora relaciona, además, la evolución de las ideas dentro del género con otras variables, como la dinámica del mercado editorial y el auge de la lectura en las clases medias. Se descubre así un proceso singular. En la Argentina la clase media se inventó a sí misma como objeto intelectual y los ensayistas cumplieron un rol privilegiado en esa tarea. Sin embargo, el artículo separa al género de toda experiencia académica. Resta estudiar entonces la utilización del ensayo dentro de la universidad, donde muchos intelectuales locales publicaron interesantes "ensayos" durante el mismo período.

El capítulo siguiente fue escrito por Irina Podgorny, quien estudia la historia de la arqueología local entre 1910 y 1930 (pp. 147-174). Este texto

tiene un formato más académico que el resto, y, a diferencia de otras partes de la obra, tiene una estructura más simple y cerrada. Podgorny repasa entonces algunos episodios y problemas centrales de la institucionalización de la arqueología en la Argentina, definiendo, por ejemplo, el conflictivo proceso de exclusión de los aborígenes en la reconstrucción historiográfica local y su confiscación al espacio arqueológico. De este modo, la disputa por la apropiación y el uso de las antigüedades arqueológicas constituye una muestra tanto de la construcción de un campo disciplinario como de la estructuración y el establecimiento de redes académicas, alianzas institucionales y reglas científicas definidas. Podgorny describe con claridad las dificultades de ese proceso y la fragilidad de la disciplina arqueológica en formación. Su atento análisis del período estudiado permite reflexionar sobre si esa mirada no es también aplicable a la debilidad institucional de las ciencias sociales en el presente.

El quinto artículo es un texto de Jorge Pantaleón sobre Alejandro Bunge y el proyecto de una nueva economía argentina (pp. 175-201). En este texto, su autor estudia la influencia de las redes y los intereses sociales de Bunge en la formulación de un programa intelectual que tuvo como canal de difusión principal la *Revista de Economía Argentina*. Pantaleón presenta, sin embargo, una serie de datos y tópicos que ya han sido investigados: la formación intelectual de Bunge, su pensamiento estadístico, el rol de los católicos en el mundo del trabajo y el impacto de su obra en el diagnóstico socio-económico peronista de posguerra. No obstante, Pantaleón acierta en establecer una comparación entre los diferentes proyectos institucionales de la revista de Bunge y la publicación oficial de la Facultad de Ciencias Económicas. El autor realiza, también, un interesante análisis de las relaciones de Bunge con los grupos económicos locales y extranjeros, aunque no termina de desarrollar sus tesis sobre el crecimiento de la población argentina. Pantaleón reconoce que las ideas de Bunge fueron rebatidas por los sociólogos pero olvidadas por los economistas. No estaría mal que ambos vuelvan a leerlas, especialmente los primeros.

El siguiente artículo es un interesante examen de la experiencia del Instituto Étnico Nacional (pp. 203-229). Axel Lazzari estudia en este texto la historia de la antropología durante el peronismo y, en particular, los avatares institucionales de una organización burocrática que merecía un atento estudio. Lazzari presenta de esta forma un conjunto de datos novedosos sobre la actividad de un grupo de intelectuales dentro del Estado nacional. El autor muestra claramente la relación entre la actividad de la organización estudiada y la política peronista sobre la población, redescubriendo la habilidad de sus funcionarios para legitimar una práctica científica y un campo disciplinario desde el discurso de las políticas públicas. Este estudio explora un rumbo de investigación que no debería detenerse: la necesaria indagación sobre el rol de las ciencias sociales durante el peronismo.

El séptimo texto de esta obra fue escrito por los compiladores, Neiburg y Plotkin, quienes examinan la actividad de los economistas en el Instituto Di Tella durante la década de 1960 (pp. 231-263). De esta forma, logran un interesante estudio sobre el surgimiento de los economistas profesionales, como una élite intelectual con capacidad para legitimar sus ideas y sus prácticas tanto en el mundo de la academia como en la burocracia estatal. Neiburg y Plotkin describen muy bien el contexto histórico-social de este proceso, en el cual las demandas de la modernización del Estado desarrollista y de la internacionalización de las ciencias sociales en el marco de la Guerra Fría se combinaron con la propia dinámica de la economía local como disciplina. Este artículo sobre el caso del Di Tella expone con mucha claridad la importancia de las redes sociales en la creación y el fortalecimiento institucional. Por otra parte, el conjunto de las trayectorias biográfico-académicas estudiadas en el texto constituye un buen modelo para estudiar la evolución de las comunidades científicas. Esta historia institucional permite, además, comprender la formación de grupos intelectuales cercanos al poder cuyas ideas tienen un tremendo impacto en nuestras vidas cotidianas.

El siguiente capítulo se diferencia de los otros textos de

la compilación, ya que no refiere a la historia de una disciplina académica ni a un tipo de estrategia discursiva para analizar la sociedad argentina. Este texto de Gustavo Sorá estudia la actividad de los editores y la dinámica del mercado editorial de las ciencias sociales en la región (pp. 265-292). Sorá presenta así un estudio comparativo de las experiencias del Fondo de Cultura Económica y EUDEBA, sobre la base de un examen simultáneo de las estrategias editoriales de las empresas y de sus editores: Arnaldo Orfila Reynal y Boris Spivacow. De esta manera, el autor describe el papel de estas figuras como emprendedores en un mercado que, a partir de 1930, cambió su eje de flotación de España a América Latina; y que, no casualmente, en los últimos veinte años tuvo su reflujo nuevamente hacia la región ibérica. Sorá refiere a un fenómeno poco valorado por los investigadores: el rol y el impacto de la inmigración intelectual ultramarina en las ciencias sociales latinoamericanas. Este capítulo explora con mucha nitidez el impacto del mercado de libros y las estrategias de los editores en la conformación y el fortalecimiento de los campos disciplinarios. Por ello, el texto no sólo es provechoso para los historiadores, sino que quizás pueda interesar, también, a los responsables de la producción y la distribución de libros científicos.

El noveno artículo de la compilación fue escrito por Hugo Vezzetti y trata sobre la primera etapa de la psicología como disciplina universitaria en la década de 1960 (pp. 293-326). Vezzetti, famoso por sus trabajos sobre la historia de la psicología local, expone aquí la emergencia de un debate sobre el conocimiento psicológico y el rol de los psicólogos profesionales acerca de los problemas socio-políticos del país. El autor muestra cómo el contexto político de la época reconstruyó el discurso y la práctica institucional de los psicólogos argentinos, en un proceso de intercambio y disputa con otras prácticas profesionales. Sin embargo, Vezzetti presenta también un escenario en el cual la creación de la carrera, la movilización de nuevos recursos institucionales, una nueva publicación académica y el desarrollo de un amplio mercado de alumnos y pacientes impactaron en conjunto en la conformación y distribución de las ideas psicológicas y en la reformulación de su campo disciplinario.

Finalmente, en el último capítulo, Alejandro Blanco trata un tema que tampoco es ajeno a sus intereses de investigación: la conflictiva institucionalización de la sociología en la Argentina entre 1950 y 1966 (pp. 327-370). Desde una doble perspectiva intelectual e institucional, este artículo estudia el conflicto entre diferentes grupos en torno a la práctica sociológica legítima luego de 1955. Ello le permite comprender cabalmente el enfrentamiento entre Gino Germani y Alfredo Poviña, la naturaleza de la pelea y las razones y armas empuñadas por cada uno de los sectores. Blanco explica acertadamente cómo la victoria final de Germani sobre sus adversarios intelectuales se basó en una simultánea utilización exitosa de tres frentes: editorial, intelectual e institucional. El texto pondera el rol de las redes internacionales en la institucionalización de la sociología en la Argentina y la aparición de nuevas demandas de práctica profesional en el campo de la sociología mundial. Contribuye también a desmitificar la fundación disciplinaria de Germani, ya que relativiza la importancia del antipositivismo y la ausencia de investigación empírica en el período anterior a 1955. Sin embargo, este análisis termina aceptando la clásica visión de una lucha entre sociólogos profesionales y sociólogos tradicionales. La evidencia empírica sugiere que la división no era tan tajante ya que unos y otros adhirieron indistintamente a cada uno de los bandos. Por el contrario, esta disputa intelectual e institucional expresó un complejo sistemas de alianzas no explicable meramente por factores políticos o cognitivos. De este modo, la creciente producción de trabajos históricos sobre Germani y la sociología argentina permite situar el campo de la historia de la sociología local en una nueva etapa de reflexión mucho más crítica y fecunda.

Pese a la heterogeneidad de los trabajos, esta obra prosigue el objetivo común de conciliar una historia de las ideas en el país con una perspectiva biográfica e institucional, dando un lugar más amplio a los factores estructurales de las disciplinas, a las estrategias individuales de los actores, a la dinámica institucional de la

ciencia internacional y a la evolución histórica del Estado nacional. El cumplimiento de ese propósito es algo discutible, pero los lectores quedan invitados al debate. El libro comete, por cierto, un error tradicional de la historia intelectual en la Argentina: la construcción narrativa de una historia parroquial porteña. Con la excepción parcial de Myers, los autores localizan sus investigaciones en Buenos Aires y asumen que el conocimiento social en el país se reduce a la experiencia en esta ciudad. Se necesitan más investigaciones sobre la historia de las ciencias sociales en otras regiones del país. En síntesis, esta compilación podría ser un clásico en el futuro. Pero eso ya no dependerá meramente de sus ideas, sino de la dinámica estructural e institucional de las ciencias sociales en la Argentina, del comportamiento de sus eventuales lectores y de la capacidad de sus autores para impulsar este campo de investigación e imponer sus criterios de legitimación. Pase lo que pase, leer este libro valdrá la pena; rediscutir sus argumentos y sus conclusiones será una mejor labor intelectual.

Diego Pereyra
Universidad de Sussex